

## UNA CRITICA SUSTANCIAL DEL MARXISMO

Uno de los aspectos más peculiares y en cierto modo más dramáticos del marxismo, estriba, sin duda, en el hecho de ser una doctrina sometida al mismo tiempo, por su propia esencia y por la compleja personalidad de su fundador, a incesantes revisionismos y de haber sido utilizada durante más de cien años para experiencias ideológicas, revolucionarias y políticas, como base de límites rigurosos de toda una serie de dogmatismos. Considerado bajo esta compleja perspectiva de naturaleza bipolar, el marxismo merece la mayor atención y un constante y lúcido examen.

Para este examen, la obra exegética de Giovanni Gentile nos ofrece una aportación de sorprendente viva actualidad. Algún tiempo atrás, un filósofo marxista de formación gentiliana en el sentido más noble de la palabra, como Ugo Spirito, llamaba la atención de los contemporáneos sobre un magnífico trabajo de Gentile, aparecido en Italia en 1899, en una época en la cual en el mundo el marxismo se encontraba ya sometido a un proceso de interminables revisionismos y en Italia, precisamente, era conocido y difundido gracias a las interpretaciones, agudas y muy completas, de Antonio Labriola, y a los intentos incompletos pero interesantes de Benedetto Croce. Constituye un auténtico impacto intelectual el leer hoy, a los cien años oficiales desde la fundación del marxismo y a los cincuenta desde la Revolución soviética, y meditar sobre aquel libro publicado por Gentile en 1899 y reeditado sin modificación alguna en 1937, a la luz y en compañía de la mayor parte de la literatura histórica y crítica que la efemérides en cuestión ha promovido. Compañía muy interesante, sobre todo, si la limitamos ahora y aquí a dos libros fundamentales en la materia desde el punto de vista que nos preocupa: el de una intelección sustancial del marxismo como doctrina y como fenómeno histórico. Nos referimos a los libros de Ugo Spirito, *Il Comunismo* (Sansoni, Firenze, 1965) y Geörgy Lukács, *Storia e coscienza di classe* (traducción italiana completa, refundida y actualizada del famoso libro del marxista húngaro, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, aparecido en 1922; Sugar Editore, Milano, 1967). En este ámbito se nos pone de manifiesto desde el primer instante la importancia de los ensayos de Gentile contenidos en el libro *La filosofia di Marx*, en la historia de la crítica marxista. En buena parte, esta importan-

cia nos ha sido puesta ya de relieve por Ugo Spirito, sin duda no sin grandes dificultades, en virtud de una fidelidad bipolar de este filósofo italiano cuya tensión espiritual y *pathos* al servicio de las ideas nosotros admiramos sinceramente desde hace tantos años: fidelidad, de un lado, al pensamiento y a la figura moral e intelectual de su gran maestro, y fidelidad a su actual posición ideológica.

Durante los últimos decenios, los estudios sobre el marxismo, el proceso evolutivo mismo del pensamiento marxista, constituyen un hecho importante del pensamiento occidental. Mientras en los países donde el comunismo había triunfado se asistía a una especie de vulgarización y —con muy raras excepciones como la de Lukács, de gradual dogmatización a través de revisionismos sucesivos al servicio de una oportunista «Realpolitik»—, los pensadores occidentales han brindado aportaciones notables, especialmente en Francia con Sartre, Hyppolite, Lefebuhre, Garaudy, Merleau-Ponty, para una revalorización del pensamiento de Marx y del marxismo en general. Y es extraño e injusto, por muy fuertes que sean aún las pasiones en los espíritus y por muy limitados los horizontes de un pensamiento al cual no falta aún cierta autonomía y de una apertura a los problemas de la libertad, extraño, injusto, repetimos, que estos estudiosos hayan ignorado una contribución tan fundamental, tan admirable en cuanto penetración crítica y anticipaciones, como la contribución de Giovanni Gentile. Porque, en términos generales, Gentile ofrecía, más de cincuenta años antes, precisamente las revalorizaciones actuales del marxismo. Entre ellas quisiéramos anticipar ahora y aquí solamente algunas: *la revalorización del pensamiento y de la formación intelectual del joven Marx; la estructura real de la crítica de Marx al materialismo no dialéctico*, a saber, circunscrito fuera de cualquier dinamismo espiritual de Ludwig Feuerbach; *el influjo de Hegel en el pensamiento de Marx*, hasta justificar la aplicación a esta doctrina de los principios de un auténtico idealismo hegeliano; *la interpretación en el sentido de estas revalorizaciones*, de la primera polémica postmarxista, en la cual desempeña un papel de primerísimo orden la obra última del propio Engels y la obra, de gran importancia, de exégesis marxista de Antonio Labriola. Algunas de estas revalorizaciones lejanas y anticipadoras las encontramos ya en el primer texto de la obra de Lukács: *Historia y conciencia de clase*, que representa la posición del ilustre teórico marxista en el 1920, libro que según las manifestaciones actuales de este mismo autor perfila su «sectarismo» de los años veinte, su «utopismo mesiánico». Como Gentile, igualmente el Lukács de aquel lejano momento, y a pesar de sus últimas revisiones también el Lukács de hoy, centra su interés fundamental en la *filosofía de la praxis* en Marx y en la crítica a la cual Marx somete implacablemente el materialismo filosóficamente vulgar de Feuerbach. Y la verdad es que ni en 1920 ni hoy, en 1967, Lukács no se da ni siquiera

cuenta un instante de la existencia de la aportación de Gentile. Aportación generosa, abierta, amplia, esencial, sin las reservas de las manifestaciones tardías como esta que Lukács expresa hoy: «la exaltación del concepto de *praxis* se convierte necesariamente en la exaltación de una contemplación idealista» (Lukács, op. cit., págs. XVIII-XIX). Lukács mismo, bajo la influencia de Max Weber, influencia sin duda notable, nos ofrece en su célebre estudio una imagen «fortement hégélianisée» de la clase social, como observa Georges Gurvitch (*Etudes sur les classes sociales*, Ed. Gonthier, París, 1966, pág. 86) y se ocupa «más bien de una filosofía y más precisamente de una metafísica de la clase proletaria que de una sociología o de un concepto sociológico de la clase». Sin embargo, el Lukács del 1967 no reniega en absoluto, en línea esencial, de la ortodoxia de su marxismo revolucionario del 1922. Entonces, como ahora, considera el marxismo en cierto sentido como una doctrina abierta y, para él, la crítica y la exégesis marxista no es ni «un acto de fe» ni «un libro sagrado» (pág. XXVII). Preocupado desde siempre por una ontología del ser social, preocupación acentuada ahora en el viejo crítico marxista, Lukács determina ahora, cuarenta y cinco años después, los méritos de sus primeros estudios sobre el marxismo. Entre estos méritos establece él el carácter medular del concepto de «totalidad», de herencia hegeliana. La necesidad de renovar las tradiciones hegelianas del marxismo, a saber, «de reactualizar el aspecto revolucionario de Marx a través de una renovación y del desarrollo de la dialéctica hegeliana y de su método»; en otras palabras, volviendo a colocar «de pie» a Hegel mismo, cuya construcción lógico-metafísica «se diría que ha encontrado en el ser y en la conciencia del proletariado una auténtica realización en el terreno ontológico». Además, Lukács recuerda como mérito suyo en los años veinte, y lo reivindica en cuanto tal en estos mismos días, «la inclusión de las obras juveniles de Marx en el ámbito de conjunto de su concepción del mundo, mientras que los marxistas de entonces, en general, veían en ellas solamente documentos históricos de su evolución personal. El que algunos decenios más tarde esta relación haya sido invertida, el que muchas veces el joven Marx haya sido presentado como el verdadero y auténtico filósofo Marx, dejando a un lado sus obras de madurez, de todo esto no es responsable en absoluto *Historia y conciencia de clase*, por cuanto en ella la visión marxista del mundo —con razón o sin ella— viene siempre tratada como sustancialmente unitaria» (págs. XVII-XVIII).

\* \* \*

Ahora bien, todos estos aspectos del marxismo, revelados a los mismos marxistas, en número escaso por los años veinte y en número cada día mayor en estos años, constituyen el valor más notable de los estudios de Gio-

vanni Gentile sobre el marxismo, publicado en el ya lejano 1899. Bajo el impulso de los estudios de Antonio Labriola sobre el materialismo histórico, el joven Gentile, ya autor de un estudio tan importante como *Rosmini e Gioberti*, dedica al marxismo dos ensayos fundamentales: *Una crítica del materialismo histórico* y *La filosofía de la Praxis*. Gentile se propone, desde el principio, estudiar el marxismo considerado bajo dos puntos de vista: como filosofía de la historia y como metafísica o intuición del mundo. Ya en el prólogo a la edición del 1899 (Pisa, Spoeri, 1899) se da cuenta de la importancia de las afirmaciones de Engels en el prólogo del 28 de junio de 1883 al *Manifiesto comunista*: «Cuando yo, en 1845, encontré a Marx en Bruselas, él había elaborado ya el sistema filosófico del materialismo histórico.» En cuanto a Gentile mismo, se propone someter «a un análisis cuidadoso y a una crítica nueva» «todo el pensamiento filosófico de Carlos Marx, vago como permaneció, fragmentario y desprovisto de una rigurosa elaboración científica», y concluye que, con esto, acaso los teóricos del comunismo podrán ser inducidos a «hacer algo mejor sus cuentas con la filosofía». Ciertamente, tendrá que transcurrir más de medio siglo antes de que los teóricos del comunismo logren hacer mejor sus cuentas con la filosofía. Por eso la crítica filosófica gentiliana del marxismo conserva aún su actualidad y su novedad. Actualidad y novedad que nos traen aún el mensaje sereno, inteligente y penetrante del filósofo que nunca, ni siquiera en el instante en el cual el tono quiere llevarnos allende la medida de la crítica en alas de un entusiasmo evidente por el idealismo hegeliano, nunca, repetimos, deja que su juicio sufra en su integridad y autonomía por ninguna implicación ideológica. Lo cierto es que, como el propio Gentile observa en la «Advertencia» a la edición de 1937, el marxismo oficial no ignora del todo su aportación a la crítica marxista. «A aquel libro mío —escribe Gentile— también Lenin había prestado atención y lo había indicado entre los estudios más notables que en torno a Marx hubiesen realizado filósofos no marxistas.»

Sería difícil fijar en este reducido espacio todas las sugerencias y las características que Gentile nos brinda en torno al marxismo, como filosofía de la historia y como metafísica de la *praxis*. Nos referiremos a algunos aspectos esenciales del problema, especialmente a los que han constituido en buena parte un «redescubrimiento» del marxismo en estos años. El primero entre ellos el concerniente a las relaciones entre Marx y Hegel y el idealismo hegeliano. El llamado marxismo «occidental», como lo define Merleau-Ponty, ha necesitado un largo medio siglo bajo el influjo de Max Weber y de la crítica weberiana del marxismo para alcanzar una comprensión de Marx y del marxismo, y también del materialismo histórico en su contenido más riguroso, en términos hegelianos, comprensión que fue ya, con algunos decenios de antelación, la virtud más generosa de la comprensión crítica de Giovanni

Gentile. Gentile coloca en un puesto de honor, en la filosofía de Marx, la dignidad de la dialéctica, cuya aventura en nuestro siglo presenta un declino en los dominios de la ideología. Como observa Merleau-Ponty, durante algunas generaciones, el marxismo ha querido alcanzar una dialéctica realizada en la forma de una sociedad revolucionaria, a saber, una ilusión que exige a su vez una nueva crítica y una nueva acción para recuperar el contenido válido de la idea dialéctica misma (cfr. *Les aventures de la Dialectique*, París, Gallimard, 1955). Acaso la lectura de los estudios de Gentile pueda ofrecernos como uno de sus principales méritos el de una revaloración del marxismo en sí después de las numerosas aventuras de la dialéctica, realizadas en su mayor parte en compañía de los dogmatismos y del terror. Es bien curioso que un discípulo tan fiel como Ugo Spirito, que es también un filósofo de apreciable rigor, consciente de las proporciones de estas singulares aventuras de la dialéctica, no aprecie en su justo valor la distinción premonitrice de Gentile entre *forma* y *contenido*, entre la crítica filosófica más rigurosa del marxismo y la llamada «literatura socialista», en torno a la «cuestión social». En efecto, Gentile proclamaba entonces, y en su apelación no falta cierto dramatismo, ni actualidad hoy en día, después de las aventuras de la dialéctica, la necesidad de que «la calma crítica de la ciencia» no se deje intimidar por las «afirmaciones clamorosas»; que la crítica permanezca «allí donde los gritos incontrolados no lleguen a turbar su juicio», para atender, antes que nada, «al estado y a la razón efectiva de las cosas y no a la muchedumbre que llega detrás, en larguísima fila, o al grito que acaricia esperanzas grandiosas y suscita deseos infinitos».

\* \* \*

Gentile quiere buscar desde el principio, consciente de que hay una base sólida para hacerlo, un puesto al marxismo en la historia de la filosofía. Concede una relevante importancia al hecho de que Marx se declare discípulo de Hegel, con cuya «peligrosa terminología» «confiesa que se había complacido en coquetear» (*kokettieren*). Gentile se ocupa, en primer lugar, de la situación de los estudios marxistas en la Italia de su tiempo: en Antonio Labriola, Benedetto Croce, Alessandro Chiapelli, Achille Loria, pero no se declara satisfecho de sus resultados. Por ello, se impone a sí mismo el papel de un análisis interno del marxismo poniendo en valor textos de Marx y Engels, testimonios, situaciones intelectuales y, sobre todo, revalorando la importancia de la formación de Marx y del idealismo psicológico de su temperamento juvenil. En la crítica de la concepción materialista de la historia y en las consideraciones sobre el marxismo como filosofía de la historia, Gentile parte de la multiplicidad

y de la aparente contradicción de los textos de Marx, entre los cuales sabe escoger los más significativos, siguiendo el módulo de aquellas páginas del prólogo al libro *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, donde Marx formula su teoría de la producción y de la estructura económica y de la conciencia social, texto reactualizado en casi todos los estudios posteriores del marxismo. Captando y estando siempre sobre las huellas de una verdadera ontología del marxismo, Gentile se refiere a aquellas páginas en los siguientes términos: «Aquí está el pensamiento entero y toda la obra de Marx; aquí, en su forma nativa, en breve fórmula y, por decirlo así, en germen, las partes todas de la teoría materialista de la historia y la fuente auténtica de cualquier determinación que los mejores intérpretes nos brindan de ella.» Y de aquel texto célebre, el joven filósofo italiano retiene un fragmento que «contiene el concepto filosófico de todo el resto: *No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino que en el encuentro de su ser social se determina su conciencia.* Donde por hombre no se ha de entender el individuo humano al estado natural, como lo entendían los filósofos franceses del siglo XVIII, pero sí el hombre social, o sea el hombre histórico, ya provisto de todas las *ideologías*; y el ser social habrá de entenderlo como las condiciones en medio de las cuales y por las cuales, en una determinada sociedad, la vida humana se debe desplegar. Condiciones no políticas, ni religiosas, ni morales, ni científicas ni artísticas, sino sencilla y únicamente económicas, ya que éstas son generadoras de las formas particulares de todas las demás. Las condiciones o formaciones políticas, religiosas, morales o científicas son construcciones ulteriores del hombre, ya entrado en sociedad, a saber, cuando ha salido ya definitivamente de la prehistoria. Y esta precedencia lógica y cronológica que tiene lugar en la primera formación de la humana convivencia se repite regularmente cada vez que se renueva la forma social, debido a una revolución interna». (*La filosofía di Marx*, Sansoni, Firenze, 1959, página 26.)

Casi siete decenios antes de Lukács, Gentile centra su interés por el marxismo, antes que nada, como base de sus ensayos críticos sobre la filosofía de Marx, en una auténtica *ontología del ser social*. Hoy mismo, desde su retiro de Budapest, salvado del holocausto de 1956, Lukács proclama a su vez que la grande idea de Marx es la que afirma que «la producción por la producción no significa otra cosa que desarrollo de las fuerzas productivas humanas y, por lo tanto, desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana», recalca el concepto marxista de la «totalidad» y quiere llegar a un dominio efectivo «del nudo problemático del análisis profundizado de las conexiones filosóficas entre la economía y la dialéctica» «en la ontología del ser social, en la cual estoy trabajando ahora». Partiendo, a su vez, mucho antes, de una ontología del ser social en Marx, Gentile nos ofrece en cierto modo un preludio lejano de la última etapa

de su actividad creadora. Aquel último, admirable, libro suyo *Genesi e Struttura della Società*, es ciertamente una completa ontología del ser social; ciertamente, no en términos marxistas, pero que implica un interés de Gentile por los problemas sociales que va más allá de aquella sublimación de la crítica social en una crítica filosófica que Lukács reprocha a pensadores como Martin Heidegger.

Sobre esta base, Gentile recoge el fenómeno de las ideologías entendidas como categorías, la estructura del determinismo social, la «fuerte seducción» señalada por Labriola, que consiste en la *naturalización* de la historia; los orígenes idealistas del comunismo crítico, el contraste entre marxismo y positivismo evolucionista. En el ambiente de la crítica italiana del tiempo, Gentile acepta y aplica al marxismo, con intuición aguda, la bellísima doctrina vichiana del «verum ipsum factum» o del «verum et factum convertuntur». Sobre las huellas de Labriola, Gentile considera el marxismo como una verdadera y propia filosofía de la historia, si bien no «la última y definitiva filosofía de la historia», como había sentenciado el propio Labriola. Por su parte, Croce negaba el carácter de filosofía de la historia del marxismo, reafirmada por Labriola a través de aquel momento ideal en el cual la sociedad descubre, en su proceso general, «la causa de su camino fatal» («fatale andare», en lenguaje dantesco). En la valoración teórica de la doctrina de Marx, Gentile distingue dos aspectos. Uno formal, de naturaleza hegeliana, a saber: el *procedimiento dialéctico*. Otro de contenido, en apariencia, de índole anti-hegeliana, por cuanto contrapone a la *Idea* hegeliana el concepto de sociedad misma, la cual, ella y no la *Idea*, se *despliega dialécticamente*. En esencia, también el materialismo dialéctico o histórico, «entiende determinar un proceso», es una teoría de la historia, en el sentido en que la entendía Vico, a saber, en el sentido de que «somos nosotros los que vemos a la historia con una significación, con una ley, según la cual pensamos que se mueve. Somos nosotros, en suma, los que forjamos la historia y la ley que la gobierna» (pág. 38). Gentile descubre en el materialismo histórico todos los elementos de una filosofía de la historia, auténtica en el sentido clásico del término. Su elaboración científica de una teoría objetiva, realista y materialista del proceso histórico es un *concepto nuestro* tanto como el teológico o metafísico de la Providencia. También el materialismo histórico «determina un proceso de desarrollo en el cual debe correr la historia», proceso necesario con una predeterminación científica del futuro. También él quiere captar lo esencial en el hecho histórico, de modo que mientras Hegel hace filosofía de la historia con la *Idea*, desarrollada dialécticamente, Marx lo hace con la *Materia*, desarrollada dialécticamente, a saber, hegelianamente. Inmanencia del proceso histórico, perpetuo devenir, anticipación, finalidad; he aquí los elementos de una filosofía de la historia contenidos en el materialismo histórico.

En esta perspectiva, Marx se halla más cerca, intrínsecamente, en el pensamiento, de Hegel de lo que se ha querido admitir.

\* \* \*

Nos hallamos aquí delante de una tesis esencial de Gentile: la de la estructura hegeliana de la filosofía de Marx. Más que ello, en la reivindicación del idealismo de Marx, el idealista Gentile descubre en el autor del «Capital» al «mejor Hegel», autor de un materialismo «que, por ser histórico, ya no es materialismo» (pág. 161). Un Hegel, a saber, un Marx, que suscita el entusiasmo de Gentile al punto de augurar «buena fortuna también al marxismo» por cuanto portador de las mejores y más actuales esencias del hegelianismo. En Hegel, afirma Gentile, la Idea no solamente no se opone a la realidad, sino que es ella misma la esencia de lo real. «Y la materia del materialismo histórico, lejos de ser externa y opuesta a la Idea, de Hegel, está contenida dentro de ella; más que ello es una y la misma cosa con ella, por cuanto (tal fue la consecuencia que sacó el hegelianismo de la síntesis *a priori* kantiana) el mismo relativo (esto es, la materia de la cual se habla) no sólo no está fuera de lo absoluto, sino que es idéntico a él por aquella unidad de muchos y de uno que Giordano Bruno, desde lejos, había sabido bien mostrar, pero que tenía antes que hacerse, para ser encontrada, un problema de la conciencia» (pág. 55). Pero Gentile no se siente satisfecho simplemente con afirmar la estructura hegeliana del pensamiento de Marx a la luz de los textos fundamentales del marxismo. Quiere llegar a la raíz misma de la formación y de la personalidad de Marx. A los diecinueve años, Marx escribe a su padre que quiere trazar una nueva metafísica «para pasar de un idealismo nutrido de ideas de Kant y Fichte a la búsqueda de la Idea en el seno mismo de lo real... haciéndose luego amigo de la filosofía de Hegel y entrando en un círculo de hegelianos». Esta será siempre la estructura de Marx, revelada en los momentos más importantes de su actividad filosófica con aquella mente suya de los primeros movimientos «orientada hacia la poesía y el idealismo abstracto». El no podrá desviarse del camino al cual le había llevado aquella tendencia semítica suya a la especulación (pág. 99). En definitiva, «lo abstracto al cual Marx da caza» es «lo abstracto criticado por Hegel». Lo que Marx hace no es sino «filosofar a la hegeliana» y «ningún otro pensador ha tenido en nuestro siglo, fuera del círculo hegeliano, tanta premura en encontrarse con Hegel» (Pág. 101). En conclusión, según Gentile, Marx es antes filósofo con «finura especulativa» y luego revolucionario.

Bajo esta perspectiva, Gentile se asoma no solamente a las motivaciones formativas y al método formal dialéctico de la filosofía de Marx, sino que penetra decididamente en la esencia misma de su doctrina revolucionaria social. Con



este fin estudia con amplitud y penetración la *filosofía de la Praxis* y la *teoría de la lucha de clase*, eternos *leit motifs* de la crítica marxista de un siglo a esta parte. Sin la dialéctica hegeliana, ni la filosofía de la *Praxis*, ni la teoría de la lucha de clase como progresivo desarrollo, como dualidad sujeto-objeto, hubieran sido posibles. Si Marx parte de Feuerbach para sustituir, en la dialéctica hegeliana, la Materia a la Idea, no es menos cierto que su crítica contenida en las *Once tesis sobre la filosofía de Feuerbach*, escritas en enero de 1845 en Bruselas y que contienen la esencia misma de la filosofía de Marx como filosofía de la *Praxis*, son la crítica más categórica al materialismo mismo. El mismo Ugo Spirito reconoce que Gentile, analizando la filosofía marxista de la *Praxis*, consigue «una reconstrucción sustancialmente exacta en sus líneas generales» a la luz de la situación actual de la crítica marxista. La afirmación es importante; por cuanto no ha habido problema más complicado que éste en la historia de la exégesis de Marx. Lukács mismo, en las revisiones importantes que en el 1967 ofrece a sus tesis, contenidas en el libro *Geschichte und Klassenbewusstsein*, del 1922, afirma que su concepción de la *Praxis* revolucionaria contenida en aquel libro «presenta precisamente un algo excesivo, y esto correspondía, desde luego, al utopismo mesiánico del comunismo de izquierda de entonces, pero no a la auténtica teoría marxista», en cuanto que «la exaltación del concepto de la *Praxis* se torna necesariamente exaltación de una contemplación idealista». Aquella exaltación de aquellos años Lukács la atribuye ni más ni menos que a la crítica contenida en las *Once tesis* de Marx en torno a la filosofía materialista de Feuerbach. Al mismo tiempo, menciona el carácter incompleto de las tesis de Engels sobre la «*Praxis* más amplia» y la necesidad en plena crisis del marxismo, en los primeros decenios del siglo; de una renovación de las tradiciones hegelianas. «Por un retorno revolucionario al marxismo, era, por tanto, un deber obvio renovar igualmente las tradiciones hegelianas del marxismo.» (Lukács, op. cit., págs. XXI-XXII.) Y en el propio Lenin, Lukács no ve otra cosa sino «un profundo pensador de la *Praxis*», «un hombre que convierte apasionadamente la teoría en la *Praxis*; un hombre cuya mirada penetrante está siempre dirigida hacia el punto donde la teoría se traduce en la *Praxis* y la *Praxis* en la teoría» (pág. XXXVI). Lo que Lukács no nos dice explícitamente es que esta síntesis «maravillosa» entre Teoría y *Praxis* se traduce luego en el «marxismo soviético», en una sucesiva degradación de la *Praxis* como tal, en lo que se ha venido en llamar el «instrumentalismo soviético» (confróntese Herbert Marcuse, *Le marxisme soviétique*. París, Gallimard, 1963. Título original, *Soviet marxism*, Columbia University Press, New York).

\* \* \*

En la idea de la *Praxis*, Gentile ve «la llave maestra» de la filosofía de Marx. Por ello parte de las tesis sobre Feuerbach, donde Marx observa que «el defec-

to capital del materialismo del pasado —inclusive el de Feuerbach— es que el término pensamiento (*Gegenstand*), la realidad, lo sensible, ha sido concebido solamente bajo la forma de *objeto* o de *intuición*; ya no como actividad sensitiva humana, como *Praxis*, y subjetivamente». La crítica de Marx a Feuerbach implica un retorno a Hegel y también al principio *verum ipsum factum* y *verum et factum convertuntur*, de Vico, que Marx conoce (cfr. Spirito, op. cit., página 89). Y viquianamente con seguridad y firmeza procede también la exégesis de Gentile sobre la filosofía de la *Praxis*. Según Feuerbach, afirma Gentile, «toda la historia no puede tener otra fundada explicación que la materialista» (página 68). Y la crítica de Marx a Feuerbach no es otra cosa sino «todo un nuevo sistema especulativo», «un nuevo filosofar». Marx mismo observa que el concepto de la *Praxis* es nuevo en el materialismo, pero viejo en el idealismo, viejo cuanto Sócrates. El idealismo había ya perfilado la identidad entre Saber y Hacer. Así lo hizo Platón en la dialéctica de las ideas y Vico en su filosofía de la historia, y Cartesio en el concepto de la cognición como *Praxis*. El conocimiento, andando *pari passu*, con la actividad, pensar y producir; mejor dicho pensar es producir. La posición entre sujeto y objeto en el materialismo de Feuerbach es, según Marx, abstracta; por ende, falsa. Según Marx, la realidad es una posición subjetiva del hombre, pero producción no del pensamiento, como afirmaba Hegel, sino de la actividad sensitiva. En términos hegelianos, por otra parte, el conocimiento es un quehacer incesante, una *Praxis* originaria. «Así, al abstracto subentra el concreto. Al objeto producido por la actividad humana, creado independientemente por la fantasía del hombre, se substituye el objeto ligado intrínsecamente a la actividad humana, que se desarrolla en un proceso paralelo al proceso de su desenvolvimiento. Se inicia así el verdadero realismo» (página 82).

Pensamiento, que piensa y hace. Realidad, objetividad del pensamiento. *Praxis* es conocer y hacer; los objetos son, al mismo tiempo, teóricos y prácticos, conocimientos y hechos. *Praxis* es conocer y hacer en un sentido amplio y complejo. Con el crecer y el modificarse del objeto crece y se modifica el sujeto. Nos encontramos ante el ritmo establecido por el idealismo. Tesis, el sujeto o la actividad práctica. Antítesis, las circunstancias, la educación. Síntesis, el sujeto modificado por aquellas circunstancias y por la educación. Se aplica, por lo tanto, a la materia lo que Hegel había descubierto para el espíritu. Marx no hace «sino substituir al pensamiento, la materia, pero una materia dotada de la misma actividad, que una vez era considerada privilegio del pensamiento», actividad definida, en términos rigurosamente hegelianos. «Retorno a Hegel que implica una iluminación racional del proceso histórico» (pág. 86). En conclusión, se afirma, viquianamente, que la *Praxis* es la «actividad creadora por la cual *verum et factum convertuntur*». La *Praxis* es desarrollo necesario. La realidad es *Praxis*; lo que hace que el individuo fuera de la sociedad y de

la historia sea un abstracto. Todo esto Marx lo concibe filosófica, metafísicamente, en un orden primigenio, de índole especulativa, según «una ecuación absoluta entre pensamiento y realidad», siguiendo una dialéctica forjada metafísicamente, «como ley interna de las cosas, lo inmanente en la realidad». La *Praxis*, cuyo desarrollo es necesariamente dialéctico, es la verdadera, la única substancia de la realidad histórica, una sola cosa con el proceso histórico. La *Praxis* originaria produce el objeto, forma la sociedad y la historia. La naturaleza dialéctica de la historia se expresa en sujeto y objeto, *Praxis* y producto de la *Praxis*, continuo invertirse de la *Praxis* misma. La doctrina de Marx no es fatalismo, sino conexión necesaria entre causa y efecto. Tampoco es determinismo, porque no hay oposición entre sujeto y realidad. «El principio de todo hacer, de toda la historia, está en el hombre en cuanto materia; como para Hegel estaba en el hombre en cuanto pensamiento, en la Idea. La necesidad se concilia por tanto en Marx, como en Hegel, con la libertad» (pág. 118). Dialéctica necesaria y no fatalismo de la historia; ésta es la concepción de Marx. Hacer y conocer a la vez en este *fatal andar* en el cual el proletariado se convierte en el heredero último de la metafísica alemana. En cuanto a Marx, él mismo «fue y quiso ser metafísico». Porque «Marx no fue un revolucionario que recurrió a la filosofía solamente para justificar filosóficamente las propias teorías revolucionarias, sino que fue también un verdadero filósofo que a través de estudios particulares, y por las condiciones de los tiempos se hizo revolucionario» (pág. 119).

Esta es la conclusión de Giovanni Gentile en aquel lejano año de 1899, conclusión que no sufrió modificación alguna en la edición del 1937 de su revelador libro sobre Marx y el marxismo, libro que tantos elementos anticipadores nos brinda y que tanta luz nos ofrece sobre la doctrina del marxismo, que, según intérpretes como el propio Lukács, tiene la característica especial de ser una doctrina abierta, a saber, inasequible a las limitaciones dogmáticas, a las cuales está sometida desde hace un siglo. Gentile se acerca al problema, sin embargo, con una tensión humana que no permanece dentro de los límites fríos de la pura filosofía. El filósofo que había proclamado siempre el principio fecundo y eternamente renovado «en la búsqueda, la vida» sabía valorar la fuerza operante de las ideas de Marx en la historia misma. La auténtica comprensión de la filosofía de la *Praxis* está aquí. Y a la luz de esta comprensión esencial tendríamos nosotros que valorar también a aquel Gentile, último, acaso el más grande, más patético, más completo, más actual y más abierto al futuro, del libro *Genesi e Struttura della Società* y del *Humanismo del trabajo*. Una ontología, aquella última, del ser social, que es obra de luz y plenitud.

JORGE USCATESCU

## R É S U M É

L'un des aspects les plus caractéristiques, les plus dramatiques même, du marxisme, est, sans doute, qu'il s'agit d'une doctrine soumise et par son essence propre et par la personnalité complexe de son fondateur, à d'incessantes révisions et à son emploi, depuis bientôt cent ans, en vue d'expériences idéologiques, révolutionnaires et politiques, en tant que base limite rigoureuse de toute une série de dogmatisme. Sous cette optique complexe de sa nature bilopaire, le marxisme mérite la plus grande attention et un examen lucide et constant.

C'est dans ce domaine que nous apparaît, dès le début, l'importance des essais que Gentile nous offre dans sa "Philosophie de Marx", histoire de la critique marxiste. Cette importance fut déjà soulignée en grande partie par Ugo Spirito, non sans mal, d'ailleurs, en raison de la fidélité bipolaire de ce philosophe italien dont nous admirons depuis bien longtemps la tension spirituelle et le "pathos" mis au service de ses idées; fidélité, d'une part, à la pensée et à la figure morale et intellectuelle de son grand maître, et fidélité à sa prise de position idéologique actuelle.

Les études sur le marxisme, le processus d'évolution même de la pensée marxiste, constituent, ces dernier temps, un fait important de la pensée occidentale. Alors que dans les pays où le communisme a triomphé, nous assistons à une sorte de vulgarisation et —à de rares exceptions près, dont celle de Lukács, à une dogmatisation graduelle moyennant des révisions successives au service de l'opportunité, "Real Politik"— les penseurs occidentaux, eux, nous apportent de notables contributions, et surtout en France avec Sartre, Hippolyte, Lefebuhre, Garaudy, Merleau-Ponty, en vue d'une révalorisation de la pensée de Marx et des marxismes en général. Et il est étrange et injuste, quelque fortes que soient les passions des esprits, et si limités que soient les horizons d'une pensée qui ne manque pas d'une certaine autonomie et d'une certaine ouverture aux problèmes de la liberté, il est étrange et injuste, répétons-le, que ces auteurs aient ignoré une contribution si fondamentale, si admirable par sa pénétration critique et ses anticipations, la contribution apportée par Giovanni Gentile. Parce que, Gentile, nous avait offert, dans les grandes lignes et cinquante ans avant, ces mêmes révalorisations actuelles du marxisme.

Gentile se propose de soumettre "à une analyse très poussée et à une nouvelle critique", "toute la pensée philosophique de Marx, qui resta vague, fragmentaire et dépourvue d'une élaboration scientifique rigoureuse", et il conclue en disant que cela pourrait mener les théoriciens du marxisme "à mieux régler leurs comptes avec la philosophie". Un demi siècle devra, certes, s'écouler

avant que les théoriciens du marxisme ne règlent ces comptes. Aussi, la critique de Gentile conserve-t-elle et son actualité et sa nouveauté. Actualité et nouveauté que nous apporte encore le message serein, intelligent et pénétrant du philosophe, qui ne permet jamais — même quand porté par son enthousiasme évident pour l'idéalisme hégélien il voudrait nous entraîner au-delà de la simple critique —, que son jugement souffre dans son intégrité et dans son autonomie sous le coup d'une implication idéologique. Le fait demeure, comme nous le dit Gentile lui-même dans l'Avant-propos de son édition de 1937, que le marxisme officiel n'ignora pas tout à fait son apport à la critique marxiste. "Lénine lui-même, écrit Gentile, s'était intéressé à mon livre qu'il citait parmi les études les plus remarquables sur la doctrine marxiste, dues à des philosophes non marxistes."

Dans la philosophie marxiste, Gentile attribue la place d'honneur à la dignité de la dialectique, dont les avatars dans notre siècle montrent le déclin dans le domaine de l'idéologie. Comme le fait observer Merleau-Ponty, des générations durant, le marxisme s'est efforcé d'atteindre à une dialectique réalisée sous la forme d'une société révolutionnaire, à une illusion donc, qui exige aussi bien une nouvelle critique qu'une action nouvelle pour retrouver le contenu valable de l'idée dialectique même (cfr. "Les aventures de la Dialectiques", Paris, Gallimard, 1955). La lecture des écrits de Gentile, peut nous offrir peut-être comme mérite principal celui d'une révalorisation du marxisme, après les nombreuses aventures de la dialectique, réalisées, pour la plupart, en compagnie du dogmatisme et de la terreur. Il est curieux qu'un disciple aussi fidèle qu' Hugo Spirito, philosophe d'une appréciable rigueur et conscient des proportions de ces singulières aventures de la dialectique, n'apprécie pas à sa juste valeur, la distinction prémonitoire de Gentile entre "forme" et "contenu", entre la critique philosophique plus rigoureuse du marxisme et ce qu'on appelle la "littérature socialiste" rapportée à la "question sociale". Gentile, proclamait alors, en effet, et son appel ne manque pas de dramatisme, ni d'actualité, de nos jours, après les aventures de la dialectique, le besoin du "calme critique de la science", le besoin de ne pas se laisser intimider par "les acclamations bruyantes" ni par le cri "qui caresse des espoirs grandioses et suscite des désirs infinis". Mais pour notre philosophe ce calme de la critique ne signifie pas un éloignement de la réalité vivante des choses. Comme le ferait plus tard Lukács, Gentile considérait le marxisme comme une doctrine ouverte, étrangère au dogmatisme auquel la politique concrète de ses tenants allait le soumettre. Gentile s'attaque au problème avec une tension humaine qui dépasse les froides limites de la philosophie pure. Celui qui proclama toujours la validité du principe "dans la recherche, la vie", sut estimer d'avance la force opérante des idées de Marx, dans l'histoire des faits. Voilà la compréhension

*authentique de la philosophie de la Praxis. Et c'est sous ce jour qu'il faudra mesurer également le Gentile des derniers temps, le plus grand, peut-être, le plus complet, le plus ouvert à l'avenir, celui de "Genèse et structure de la société" et de l'humanisme du travail. Ontologie, sans doute, de l'être social, oeuvre de plénitude et de lumineuse intelligence.*

## S U M M A R Y

*One of the most characteristic and in some way, most dramatic aspects of Marxism can be found without a doubt in the fact that it is a doctrine submitted to incessant revisionisms due to its own essence and because of the complex personality of its founder, and also that it has been used for over a hundred years for ideological, revolutionary and political experience as a basis for rigorous limits of a whole series of dogmatisms. Considered from this complex perspective, Marxism deserves all our attention and a constant and lucid examination.*

*In this wise one is immediately aware of the importance of Gentile's essays contained in the book entitled "The Philosophy of Marx", in the history of Marxist criticism. To a large extent this importance has already been underlined by Ugo Spirito, doubtless not without difficulties, in virtue of a two-way fidelity, whose spiritual tension and "pathos" to the service of the ideas, we admire sincerely for so many years: fidelity on the one hand to the ideas and to the intellectual and moral figure of his great maestro, and on the other hand fidelity unto his present ideological position.*

*During the last decades, the studies about Marxism, the evolutive process of Marxist thought, constitute an important event in Western thinking. Whilst in countries where communism had triumphed one assisted at a sort of vulgarization and —with very rare exceptions, like the case of Lukács— gradual dogmatization through successive revisionisms to the service of a "Realpolitik" opportunity. Western thinkers have offered outstanding contributions, especially in France with Sartre, Hyppolite, Lefebuhre, Garaudy, Merleau-Ponty to the revaluation of Marxist thinking and Marxisms in general. It is both strange and unfair, however strong spiritual passions may still be and however limited the horizons of an ideology where certain autonomy is still present and however restricted an opening to the problems of freedom may be, strange and unfair we repeat, that these intellectuals should have overlooked such a fundamental and admirable contribution insofar as critical penetration and anticipations, as Giovanni Gentile's work. For Gen-*

tile offered, in general terms, more than fifty years beforehand, the precise present day revaluations of Marxism.

Gentile decides to submit "to a careful analysis and a new criticism" "all Charles Marx's philosophy, vague as it remained, fragmentary and devoid of any thorough scientific process", and he concludes that with this perhaps the theorists of communism could be made to "settle their accounts better with philosophy". Indeed, it needed half a century to pass before theorists of communism could settle their accounts with philosophy. Thus Gentile's philosophical criticism is still up-to-date. His message is serene, intelligent and penetrating and not for one moment, not even when Hegelian idealism seems to take the floor, does this philosopher let his judgement suffer in integrity and autonomy through any ideological implication or influence. In actual fact, as Gentile himself observes in 1937 in "Warning" official Marxism does not entirely overlook his contribution to Marxist criticism. "Lenin also paid attention", writes Gentile, "to that book of mine and had pointed it out as being one of the most outstanding works about Marx by non-Marxist philosophers".

In Marx's philosophy Gentile puts in place of honour the dignity of dialectic, which in our century shows a marked decline in the ideological field. As Merleau-Ponty points out, for some generations Marxism wanted to achieve a dialectic carried out in the form of a revolutionary society which demands, in turn, a new form of criticism and a different kind of action in order to recuperate the valid contents of the very dialectical idea ("Les aventures de la Dialectique", Paris, Gallimard, 1955). Surely the main merit of Gentile's work is that of a revaluation of Marxism as such, after numerous adventures of dialectic, carried out to a large extent along with dogmatism and terror. It is rather curious that such a faithful disciple as Ugo Spirito, who is also a philosopher of appreciable rigor, conscious of the proportions of these singular dialectic adventures, should not appreciate to its just value Gentile's premonitory distinction between "form" and "Contents", between the most rigorous philosophical criticism of Marxism and the so-called "socialist literature" regarding the "social question". In actual fact, Gentile proclaimed then, and today his dramatic appeal is still up-to-date after the adventures of dialectics, the necessity that the "critical calm of science" should never become intimidated by "clamorous acclamation" or by the cry "that it cherishes great hopes and provokes infinite desires".

But to the philosopher this critical calm did not mean any sort of remoteness from the living reality of things. The same as Lukács later on, Gentile considered Marxism to be an open doctrine unconnected with dogmatism to which it was submitted by the polity of its supporters. Gentile deals with the problem with a human tension that surpasses the cold limits of pure

*philosophy. He, who always proclaimed the validity of the principle "in the search, Life", gave value in advance to the active force of Marx's ideas, in the history of events. Here is the true understanding of the philosophy of the Praxis. In the light of this understanding Gentile will also have to be valued in his last book "Genesis and structure of society and humanism of work". perhaps the greatest and most complete work open to the future. An ontology of the social Being, a complete work full of intellectual light.*